

la ley Evangélica entre los bárbaros chichimecos, no dudo sacará à luz con erudicion y elocuencia el cronista doctísimo de aquella santa provincia.

Fertilísimas son estas tierras para cria de ganado mayor, caballada y mulada, como las de la Nueva Vizcaya, aunque estas para todo son fecundas; y se cria tanto ganado y caballada, que llevándose los indios todos los años innumerables bestias para su sustento, andan muchísimas por los campos alzadas sin hierro, ó señal de dueño, y á estas, que son muchísimas, llamamos mesteñas, en estas tierras. Lo mismo sucede con el ganado mayor en muchas partes de esta provincia, donde sale mucha gente á matar toros y vacas de las alzadas, y suelen matarlas á balazos, haciendo la cecina necesaria para el gasto del año, y lo restante lo desperdician tirándolo por los campos. En las partes de esta provincia, que son de temperamento cálido, hay mucha cantidad de silvestres pavos, y especialmente en la Sierra, los cuales se sustentan de sus silvestres frutillas, y empollando sus polluelos, en las mas intrincadas malezas, se crían ligerísimos, y con algun vuelo, aunque no tanto como las demas aves; pero suficiente para dar mucho trabajo à los indios que pretenden cogerlos; y si no es con buena disposicion é industria, es difícil cosa el alcanzarlos.

En el reino de Leon y en el de la Vizcaya, adelante de Chihuahua, y en toda la tierra adentro, hay una especie de animales que no sé ni he oido decir los haya en otra parte del mundo, porque ni en lo que he leido he hallado tal especie, ni entre la variedad de animales que los buriles romanos nos demuestran, los he advertido; à estos llaman por aca cíbolos, y siendo del tamaño de un toro, tienen gran similitud con ellos, porque tienen el pié hendido y las armas de sus frentes son semejantes à las de los búfalos, la espalda tienen desigual, y con deformidad levantada, y lo demas de la piel de crecida y amorosa lana: con sus pieles hacen los indios unos cobertores para invierno, que abrigan mas que la mejor manta de Palencia, y son casi del mismo sabor que la carne de los toros, y en la ferocidad y ligereza, si no les esceden, les igualan. Dos ví yo entrar en Zacatecas, tirando de una carreta, y con la compañía de los bueyes se hermanaban mucho, cuando despues los ví sueltos;

y aun me han asegurado que se juntan con las vacas, de que conciben y paren unos como mistos de toro y cíbolo. En el reino de la Vizcaya, y adelante en la junta de los rios, hay carneros de esta tierra montaraces y de increíble grandeza, y si el leon se conoce por la uña, ví una asta de estos carneros, que compuesta para cargar vino en los caminos, cabian en ella doce cuartillos. Verdad es que cuando se descubrió esta provincia no habia en ella toros, vacas ni carneros de Castilla; pero habia, y hay hoy, muchísimos cíbolos, que son equivalentes à los toros, y esta especie de carneros, casi iguales en todo menos en el tamaño à los que trajeron de España, porque son de duplicada estatura que los nuestros.

## CAPITULO II.

### *De los terrenos de esta provincia y sus particularidades.*

Increible se hará la fecundidad de algunos terrenos de esta provincia, à quien leyere esta historia; pero me consuela que los que la habitan, tienen noticia de la verdad que refiero en ella. En una mision que hoy está suprimida, y se llama Santa María de las Carretas, como treinta leguas adelante de la mision de Casas Grandes, se esperimentó todo el tiempo que cultivó el misionero sus tierras para su mantenimiento y el de los indios, que de una fanega de trigo que sembraba, cogia ciento cincuenta, lo que no creerán los europeos por el grandísimo esceso que hace à las cosechas de Europa, especialmente en nues-



tra España, donde acude con muchísima abundancia, si se cogen veinte por una, y en esta Vizcaya es el año muy estéril, si nó pasa de treinta fanegas por una. De frijoles es casi lo mismo, pues he visto alzar ochenta fanegas de una de sembradura; el maiz no es con tanta abundancia, pues solo rinde en lo comun ciento por una, aunque hay parages y tiempos en que ha llegado á trescientas. De las demas semillas y frutas de Castilla, aunque se dan muy dulces y buenas, no con tanta abundancia como en Europa, y aunque la tierra es muy fecunda para producir las, pero falta la gente para cultivarlas.

Hay en el centro de esta provincia un pueblo llamado Pararas, donde se coge tanto vino, que abastece lo mas de la Nueva-España para celebrar el Santo Sacrificio de la misa, sin muchísimo que se bebe, y mucho mas que se beneficia para aguardiente, de que hay tanto dispendio en este reino por nuestra grande desgracia, que segun se van aplicando á beberlo, no se han de distinguir los americanos de los europeos septentrionales en este vicio. No solo este pueblo, sino otros muchos se han inclinado al cultivo de las viñas; pues en el paso del Norte, que es la entrada del Nuevo-México, hay abundancia de ellas, de que salen vinos tan generosos que no los esceden los de España. Mas no se aplican al cultivo de las tierras, porque discurren ser mas útil el trabajo de las minas, y es lástima digna de sentimiento, que estén en torpe ocio terrenos tan fecundos, por falta de aplicacion á su cultivo, é inclinados todos á la labor de los metales: hay pocos que se ejerciten en el cultivo de la tierras, que son muy fértiles en frutos, flores y plantas, pudiendo decir de ella nuestros españoles lo que el erudito Sabelio de otra tierra semejante decia á su Alejandro: (*Sabelio ad Alexand.*) Vivid contento con tierra tan fecunda y rica como el cielo os ha franqueado." Pues los que en esta tierra se animan al trabajo, conocen con evidencia el logro: y aunque en todas partes es infalible la sentencia de los Proverbios, de que solo al ocioso le sobra la pobreza y falta lo necesario, en estas tierras la experimentamos por puntos, pues solos los remisos padecen necesidades, que los que se aplican al trabajo, siempre quedan remediados y contentos.

En lo interior de esta provincia y el reino de Leon y la Viz-

caya, hay hermosos y elevados montes con diversidad de árboles y maderas muy preciosas, como son cedros, ébanos y brasiles, con abundancia de caudalosos y cristalinos rios de aguas muy saludables, cuyas riberas hermosas, vestidas de frondosos árboles, previenen en dulce recreo á los caminantes con tanta diversidad de pájaros, de colores tan distintos, que si la variedad de sus plumas es embeleso de la vista, la diversidad de sus cantos engendra una suave armonía, en cuyos parages se detuvieran de buena gana los cansados pasajeros á no temer emboscadas de bárbaros enemigos. Acompaña á esta amenidad y hermosura la multitud de animales feroces y silvestres que se crian con abundancia en sus solitarias campiñas y en los montes, como son tigres, leopardos y osos, siendo los osos tan abundantes, que hay hacienda en los contornos de Durango, que en un mes han llegado á matar mas de cuarenta los vaqueros; y en los confines del reino de Leon, que va hácia Tejas, en lugar de aceite ó manteca para los guisados, usan la manteca de oso, que es muy gustosa y sana, no solamente los indios, sino los religiosos de las misiones.

Este es un levísimo diseño de la fecundidad del terreno que ocupa esta provincia de Zacatecas, que á referir todo lo abundante que hay en ella, era necesaria una historia dilatada, por lo cual no me detengo en referir los ojos de agua caliente que hay en ella con tanta virtud para diversas enfermedades, como se experimenta cada dia: tampoco haré relacion de las yerbas medicinales que la hermosean, pues el armadillo solo bastaba para enriquecerla de medicinas; dejando en silencio la contrayerba de julimes, cuya virtud y eficacia para todo género de dolencias es en toda la Europa conocida, y contra el veneno es el único medicamento descubierto. Motivo porque desde Roma la solicitan, y de sus innumerables virtudes ví una relacion del proto-médico de su santidad el Sr. Clemente XI, que segun las virtudes que le aplica, es el sánalo todo de nuestra humana naturaleza: cógense estas contrayerbas de camotillos por el mes de Octubre en un llanito de una mision nuestra, llamada San Antonio de Julimes, aunque ya en otras misiones nuestras del convento se van descubriendo muchas, de que he remitido muchos cientos á España é islas Filipinas.



No es todo el territorio de esta provincia ameno y fecundo, pues aunque hay todo lo referido y mucho mas que no espreso, como sal blanquísima con mucha abundancia en toda la provincia; pero como la tierra es tan dilatada, cabe en ella lo fértil y lo árido é infecundo, y así hay tierras despobladas sin aguas ni pastos para las béstias, caminándose con grandísimas pensiones por caminos muchas leguas despoblados, siendo necesario llevar muy buenas guias para poder pasar por ellos, no solamente por la maleza de espinas é inútiles abrojos, cuanto por el peligro á que se esponen los míseros caminantes de perder las débiles sendas, que mezcladas en confusos laberintos con las veredas que hacen las béstias y toros alzados, se pierden y ocultan, y cuando el mísero pasajero vuelve en sí, se halla en tierras no conocidas y en llanuras grandes, sin saber á qué parte se ha de encaminar, ni tener persona á quien preguntarlo; siendo un terrible trabajo, porque los que así se pierden, como no tienen agua para socorrerse en aquellas soledades, mueren de sed irremediamente: desdicha que cada dia se experimenta con los incautos caminantes, que sin buenas guias se arriesgan á penetrar tan dilatados desiertos, sucediendo cada dia hallar los inteligentes de la tierra algunos cadáveres de hombres, que murieron por haberse perdido en semejantes parages. Lo cual sucede en los caminos que van de Charcas y Zacatecas á Parras, Mazapil y Saltillo, que tienen como ochenta leguas de distancia, y lo que admira es que en semejantes parages se crien caballos montaraces ó mesteños; y es que están criados sin agua, hechos á comer nopales y biznagas, plantas muy húmedas, con que se sustentan y crian muy lucidos.

El R. P. lector jubilado, Fr. Juan Franco, fué uno de varios sugetos á quienes ha sucedido la infelicidad de perderse en estos páramos. Salió del Saltillo con buenas guias para Zacatecas, y habiéndose quedado un poco atras, perdió los compañeros, y despues de haber andado desatinado nueve dias sin comer ni beber mas que húmedos nopales y raices silvestres, para conservar la vida, por su dicha vino á dar á un hato de pastores, ya traspasado y sin habla, y casi sin sentido: habia dejado el hábito, porque la debilidad no le permitia ya cargarle, y con sola una tuniquilla llegó atônito al parage donde estaban los

pastores, que, conociendo lo que le habia sucedido, le cogieron y fomentaron dándole de sus débiles mantenimientos poco á poco hasta que volvió en sí, y vivió despues muchos años: y esto mismo ha sucedido á algunos religiosos nuestros en distintos tiempos, aunque por la Divina Misericordia ninguno ha muerto.

Esta es una leve cifra de las muchas cosas que hay en estas regiones en que está situada esta trabajosísima provincia de Zacatecas, que si se hubieran de describir las innumerables cosas que hay en ella y en su pais dilatadísimo, ademas de ser mucha prolijidad el referirlo, era preciso hacer un volúmen grande que acrecentase mucho esta crónica, y así, atendiendo á que no es mi intento describir tierras, sino ceñirme á contar lo que conduce á los progresos de esta provincia, no me dilato en muchísimas circunstancias que omito, aunque no falto en el todo; y pues las ocupaciones de nuestros religiosos en estas partes son de administrar á los naturales de ellas, para que se vea lo que se padece con los indios bárbaros, y qué genero de tiranías usan con sus pobres ministros, habré de referir en los siguientes capítulos sus abusos, propiedades y estilos bárbaros, aunque no los referiré todos, porque serian necesarios muchos libros para referir parte de sus rústicas y deformes costumbres; ceñiréme lo mas que pudiere en noticiar sus barbaridades y ceremonias, que son tales que no hay nacion en el mundo que las tenga ni mas obscenas ni mas contra la natural razon de todas las criaturas, y juzgo que parecerán increíbles á muchos que las leyeren, por la disonancia grande que tienen con la racional naturaleza; pero hay tantos testigos de esta verdad, que no dudo escribirlas, porque muchos sabrán apoyarlas.



## CAPITULO III.

*Dáse razon de diversas naciones de indios rústicos, y refiérense algunas de sus costumbres.*

Tantas y tan diversas son las naciones de bárbaros que habitan los territorios de esta vasta y dilatadísima provincia de Zacatecas, tan distintas y diversas las ceremonias, abusos y corruptelas de los caribes que en su circuito moran, que fuera querer multiplicar los libros numerarlas todas, y referir todos sus rústicos ritos y varios modos brutales que tienen de vivir, fuera nunca acabar; pero daré alguna noticia de ellos, lo mas sucinto que pudiere, para que reconozca el mundo todo entre que bárbara tiranía asisten los religiosos de esta provincia; y si á Séneca (*Epist. 4.*) parecia especie de muerte la vida que se gastaba entre ignorantes, la que pasan nuestros religiosos entre la ignorancia tirana y depravada turba de tanta barbaridad, se podrá tener por la muerte mas acerba. Los nombres de sus indómitas naciones, como son de su idioma mismo, son tan ásperos, como sus crueles corazones; pero como no tenemos otras voces que los refieran, diré los que pudiere, aunque pase por su grosería quien los leyere, y no los diré todos, porque hasta hoy en esta provincia no se conocen todas las naciones que en sus términos habitan: los mas conocidos son tlaxcaltecos, mexicanos y otomites, que aunque tienen alguna política, hay mucha barbaridad hasta ahora en los de esta provincia con ningun racional estilo.

Las demas naciones se apellidan y son las siguientes: guachichiles, negritos, bocalos, janambres, borrados, guaripas, pelones, janos, zacatecos, guisoles, tobozos, conchos, tarauum ares

salineros, tepeguanaes, tochos, gualaguizes, julimes, cíbolos, alzapas, guazancoros, tepicanos, coras, nayaritas, yurgimes, mazamos, matascucos, quepanos, coyotes, iguanas, zopilotes, blancos, amitaguas, zamoranos, zalayas, quiamis, ayas, chinarras, comocabras, summas, chiros, mezquites; y finalmente hay naciones que han cogido los nombres de animales, como lobos y venados, y otras se llaman piedras y árboles, y otras muchas que no refiero por no llenar este capítulo de desapacibles voces. Las mas de las naciones referidas son totalmente bárbaras y de groseros entendimientos; gente baja que no tiene asiento en parte alguna: andan continuamente desnudos, y viven en los campos, abrigándose en los inviernos en las quebradas y cuevas de los montes mas adustos, y en los veranos viven de la misma suerte, y tan connaturalizados están á los rigores del tiempo, que parecen insensibles, segun se multiplican estas naciones entre tantas incomodidades; pero como nacen y se crian de aquella forma, no echan menos las conveniencias que tienen los que se crian con política: las mugeres paren en los campos á cielo descubierto, ni les dañan los vientos que corren, antes la primera diligencia que hacen cuando sienten los dolores, es irse solas á las orillas del rio, y al punto que salen á luz sus hijuelos, se bañan con ellos en las fuentes ó rios, y con esta diligencia se preservan de todo accidente, y cobran las criaturas robustez y fuerzas, caminando inmediatamente, si se ofrece, muchas leguas á pié, llevando á sus hijuelos en unos tejidos de mimbres, que aquí llamamos guacales, y con cuna tan grosera, se crian muy robustos.

Apenas saben andar, cuando les enseñan con unos arcos pequeños á tirar iguales saetillas, con que se entretienen matando moscas y otros animalejos, y cuando mas grandecitos, pajarillos y otras aves; y como abren en este ejercicio los ojos, y se crian con semejante enseñanza, salen diestrísimos tiradores: yo he visto hacer increíbles tiros con sus saetas, y aunque sea el mas mínimo blanco el que se les pone para ecsaminar su destreza, no yerran: en una ocasion ví tirar á lo alto una naranja, y le tiraron tantas flechas, que habiéndola tenido en el aire mucho tiempo, cayó al cabo hecha minutísimos pedazos. No cuidan de sembrar semilla alguna, ni de tejer ropa con que abrigarse,



sino que de la misma manera que las aves y las fieras pasan la vida con lo que la naturaleza les ofrece en los campos, y así se alimentan de silvestres frutas, raíces húmedas, venados, conejos, cibolos, mulas, caballos, aves y de otros animales, aun los mas inmundos, como son ranas, víboras, culebras, gusanos, ratas y otros que se crían de la putrefacción de la tierra, cuya voracidad parece que los hace indignos de apellidarse hombres, con mas razón que los que pinta Ovidio, (*Ovid de Trist.*) hablando de los escitas.

Tienen entre sí unas con otras las naciones continua guerra, y viven siempre en enemistad declarada; y es felicidad grande de los que moramos en estos países, que unos de otros sean tan adversos, que si todos se juntaran contra los españoles de la América, solamente con la multitud se asolara todo. Son tan sangrientos enemigos, y tan encarnizados en derramar humana sangre, que á cualquier género de gente que encuentran por los campos, ó sean indios ó españoles, como no sean de su nación, luego les quitan la vida, sin perdonar edad ni sexo; y si los gentiles de otras partes salen á las campañas, es por conseguir la victoria, y esclavizar á los que sujetan sus armas; pero estos de esta provincia igualmente matan á quien se defiende, como á quien rendido se les sujeta, haciendo en sus cadáveres increíbles atrocidades, sacándoles las entrañas, y enredándolas en los árboles, hasta hacer pedazos pequeños los humanos cuerpos, comiendo las carnes de los que matan, con horror de la naturaleza, siendo para ellos el bocado mas sabroso el de los cuerpos humanos, quitándoles el casco de la calavera, para beber en él con alegría y en señal de la victoria.

Acontece robar algunas recuas cargadas de oro y plata y otras riquezas, y lo primero que hacen es matar toda la gente, y tirando la plata y oro por el campo, cojen alguna bayeta ó paño, si encuentran, para cubrirse, y lo restante, ó lo queman ó lo tiran, sin hacer mas caso del oro que de las piedras del campo, tirándose de mejor gana á comer mulas y caballos, que vacas, ni novillos, dando por razón de su abominable apetito, que las mulas y caballos son animales mas ligeros que las vacas y novillos, y que comiendo sus carnes, participan su ligereza, y juzgan que con carne de novillos se hacen tardos y pesados para

sus carreras y para el ejercicio de sus continuas hostilidades y jornadas; es en ellos tan radicada esta bárbara opinion de que participan las propiedades de las carnes que comen, que de muchos horrorosos casos que lo confirman, referiré uno que sucedió en la mision de San Antonio de los Llanos.

Vivia un indio en la nación bárbara de esta mision de San Antonio; daba á entender éste á sus compañeros que era médico acertado; fingíase herbolario famoso, aplicando á sus enfermedades algunas yerbas de las muchas que hay en aquellas dilatadas y fértiles llanuras; tuvo fortuna en que sanasen algunos con sus yerbas, por haber hecho crisis la enfermedad, y viendo los demas indios esta que juzgaban gracia de su compañero, trataron entre sí de quitarle la vida y comérselo, para que saliesen buenos curanderos todos los que comiesen de sus carnes: así como lo pensaron lo pusieron en ejecucion, valiéndose del pretexto de que se murió uno de los enfermos que curaba, y lo comieron entre todos al miserable médico, teniéndose por muy dichoso el que alcanzaba un pedazo de su cuerpo, juzgando que por este medio quedaban médicos diestrísimos: si en nuestras repúblicas se usara hoy este estilo bárbaro, poco codiciadas fueran las carnes de algunos señores médicos.

En muriendo entre ellos alguno que han tenido por de mas valor ó escesivas fuerzas, ó que ha sido mas diestro en tirar flechas, ó mas feliz en conseguir con abundancia la caza, aunque muera de tabardillo ó viruelas, ó de otro accidente contagioso, lo comen, solicitando todos alcanzar algun bocado de aquella corrupta carne, por heredarle la habilidad que en él vieron cuando vivia; y el demonio que es astuto, les hace que juzguen y crean, que desde que comieron la carne, se hallan diestros en la facultad en que era señalado el difunto que fué alimento horroroso de sus voraces estómagos.

Cuando entre los indios hay algun contagio que es el de viruelas el mas continuo, de que mueren innumerables, mudan cada dia lugares y se van á los mas retirados montes buscando los sitios mas espinosos, y enmarañados, para que de miedo de las espinas no entren (segun juzgan, y como cierto lo afirman) las viruelas, pues les parece que es algun animal que los sigue, y que de miedo de no punzarse con las espinas las vegi-



gas, no entran en su seguimiento entre aquellas cambroneras; y como muchas veces no enferman en aquel parage, porque es de mejor temperamento ò los aires no llegan inficionados, se radican en estos disparatés tanto, como pudieran los doctos con el mas sólido fundamento: en cayendo alguno de ellos enfermo, luego lo dejan debajo de algun árbol, poniéndole á la cabecera un poco de agua y algunas silvestres frutas, y lo dejan allí solo aun sus mismos padres y hermanos, pereciendo los mas de ellos infelizmente en las soledades, sin tener quien de su infelicidad se duela, ni quien les dé el menor alivio y consuelo: hallando el demonio en estos corazones bárbaros disposicion para persuadirles este y otros indignos abusos, pues como San Gregorio nos enseña, da el diablo á cada uno por la suya, poniéndole las ocasiones que apetece para que sea el despeño mas seguro, con que hallando en estos infelices la inclinacion pronta á todo linage de horrores, tiene bien en qué ejecutar sus civiles tiros.

Usan en sus enfermedades unos medicamentos tan ásperos como sus costumbres, y cuando por algun accidente han caminado muchas leguas, como su caminar es á pié, y por ásperos pedregales y sierras, suelen padecer de los pies, y lo que hacen es sajarse las piernas con agudos pedernales, y desechando por las sajaduras la molida y negra sangre, quedan aliviados de su dolencia y vuelven á caminar largas y repetidas jornadas, como lo he visto muchas veces cuando visité la provincia. Usan tambien otro remedio: cuando se hallan pesados y desabridos machacan entre piedras las pencas del maguey, que en Andalucía se llama pita, y con ella se refriegan todo el cuerpo, teniendo por medicina lo que para los demas hombres es terrible penitencia, porque el sumo de esta planta apenas cae en el cuerpo, cuando escita grandísimo escozor y cantidad de granos; pero para sus duras carnes, es saludable lenitivo.

En medio de sus crasos entendimientos, tienen conocimiento de muchas yerbas, que como moradores de los campos, examinan sus cualidades, especialmente para mojar en sus zumos las puntas de sus saetas, haciendo con su cualidad irremediable la herida; y entre las muchas naciones que habitan esta provincia, hay una nacion llamada Taraumara, en nuestras mi-

siones de la Vizcaya, con conocimiento de una yerba tan venenosa, que solo con que su flecha saque con un rasguño la mínima señal de sangre, por allí pasa hasta el corazon el veneno con tanta aceleracion, que mueren sin remedio alguno; con que podemos creer á Ovidio que de los escitas nos pinta iguales saetas envenenadas. (*Ovid. de Trist.*) Hizo este género de veneno grandísimos daños, cuando se alzó la nacion Taraumara el año de 1690, porque como ignoraban la cualidad de la herida, morian sin duda los que se hallaban tocados de sus saetas; pero por la Divina misericordia se ha descubierto el remedio á tanto daño; porque uno de los bárbaros que se redujo y cobró amor á los nuestros, mostró una raiz, que llamamos hoy la contrayerba de Julimes, que ya queda referida, la cual se amasa y unta en la parte herida, y quita la actividad del veneno con increíble eficacia, y así, si la herida no es por su naturaleza de muerte, escapan todos con el remedio, que es ya tan comun, que se ha descubierto tambien en el armadillo. No refiero otros increíbles abusos de estos miserables bárbaros, por inusitados é indignos de que se haga relacion de ellos.

